

go, se hallan remotas del libro insinceridad y cursilería en que a menudo se complacen ciertas versificadoras.

“NOCHE TRANSFIGURADA”, de *Carmen Abalos*, Nascimento, 1951.

Este conjunto de prosa poética revela más capacidad conceptual que sensitiva. A menudo el panteísmo le persuade comparaciones frecuentadas en extremo, lugares comunes del jaez: “soy estrella, soy charca, soy agua. Soy arena y pared. Y soy grito. Soy rocío, soy luz, soy sonido. Soy sonido y soy forma a la vez”. O bien estalla en revelaciones directas, íntimas: “Soy el sexo apremiado. El sopor del deseo cumplido”. Y a pesar de que es también “el ansia” y “la gloria” en que—de acuerdo con las doctrinas del pansexualista vienes—se subliman las urgencias de los instintos, son éstos en rigor los que se alzan con la poesía de Carmen Abalos:

“Tu lento abrazo en mis concavidades.  
Muslos de fuego presionándome . . .”

El calor de tu boca en la mirada. El incendio de un bosque tus dos manos. Azogue vivo tu lengua de mercurio, etc., “hasta culminar en el “Anticipo de la alta jerarquía de luces donde seremos apenas dos destellos”.

<https://doi.org/10.29393/At321-14SIMO10014>

“LOS SURCOS INUNDADOS” de *David Rosenmann Taub*, Cruz del Sur, 1951.

Poesía en voz alta y de superposiciones estilísticas, constituye un libro desigual, donde la emoción suele ser desplazada por la elocuencia.

Tiene muchas palabras y exceso de ideas. Agreguemos el énfasis enfriado por copia de signos admirativos, las caídas retorizantes, las extravagancias especulativas y anecdóticas, el decadentismo baudeleriano y nerudiano, la puja por obtener y variar armonías, el di-

namismo apremiante, la apelación terrorífica y truculenta, la discontinuidad bipolar que va de lo travieso a lo trágico, sin gradaciones, etc., etc., y nos percataremos de que Rosenmann es un escritor interesante en lo negativo.

Y en lo positivo también, sin largueza.

Nos convence con amplitud la segunda Sonata, compuesta por cantos elegíacos originales, desconcertantes por su lograda osadía poética. En "Pórtico" se inicia el historial del infante que a través de "Abismo" va a derrumbarse en "Réquiem", desde altura sobrecogedora. En estos tres poemas, Rosenmann se supera al punto de hacernos evocar a maestros como Paul Fort, Goethe del Rey de los Alisos y la Mistral de las últimas canciones de cuna.

"POESÍAS" de *Hugo Zambelli*, Presses de E. Duran, París, 1951

Reverso de Rosenmann, Zambelli oblitera los fulgores, desvanece los tonos, se opaca y silencia. Podado, seco, hasta prosaico, sus imágenes visuales son grises o desteñidas; su clima psíquico otoñal, melancólico desnudo de aderezos; la expresión familiar y nimia con algún descoyuntamiento por inversión. Y así, con cierta dulzura de procedimiento que hace desligarse las palabras las estructuras, como que no quiere la cosa, inopinadamente, nos sobrecoge con el acierto.

Zambelli semeja no pretender nada, escribe como humillándose.

Ein embargo, cumple: su libro es de Poesías.